

LA RELACIÓN QUE HIZO UN CORREGIDOR AL RECIBIMIENTO  
QUE LE HIZO LA VILLA DE SISANTE EN TIERRA DE LA  
MANCHA: ROMANCE DIECIOCHESCO Y PARODIA DEL QUIJOTE  
(II, 31)<sup>1</sup>

JOSÉ MANUEL PEDROSA

Universidad de Alcalá

Dentro del muy misceláneo *Manuscrito 10912* [“Papeles curiosos manuscritos... tomo 27”] que custodia la Biblioteca Nacional de España hay anotado, en los ff. 27v-32r, un romance anónimo y sin fecha que lleva el título de *Relación que hizo un corregidor al recibimiento que le hizo la villa de Sisante en tierra de La Mancha, la que envió a un amigo a la corte, pintándole todo lo acaecido en el día de su entrada*.

El *Manuscrito 10912* fue compilado en el siglo XVIII, y la *Relación que hizo un corregidor* tiene todo el aspecto de ser copia de versos compuestos en ese siglo, del estilo de los muchos que circularon —con vidas muy efímeras— en papeles que iban pasando de mano en mano. Ningún indicio textual ni contextual ayuda a concretar su datación, si descontamos la alusión al vestir con “pelucas y polainas”. Aunque las polainas eran utilizadas desde los inicios del siglo XVI por lo menos, las pelucas masculinas no comenzaron a generalizarse hasta las décadas primeras del XVIII.

Ningún rasgo de estilo aparta, por lo demás, a esta *Relación* de la poética del romancero nuevo que nació a finales del XVI, pero que tuvo momentos de auge en el XVII, y también en el XVIII. La ortografía del manuscrito podría ser del XVII, pero también de las décadas iniciales o centrales de la centuria siguiente. Resulta, sumados todos estos indicios, razonable la posibilidad de que nuestro poema fuese compuesto en las décadas iniciales o centrales del Siglo de las Luces. Lo ácido de la crítica que hace del atraso, del que no salva a nadie ni a nada, en que vivía la población rústica, vendría a apoyar su estatuto de hijo del mayormente elitista y ciudadano ideario ilustrado.

<sup>1</sup> Agradezco su ayuda y orientación a José Luis Garrosa.

Antes de apuntar algunas glosas más acerca de la *Relación*, no vendrá mal que nos asomemos a su texto. Ofrezco en primer lugar una versión editada conforme a la norma académica moderna. En apéndice daré la transcripción literal, según figura en el original.

*Relación que hizo un corregidor al recibimiento que le hizo la villa de Sisante en tierra de La Mancha, la que envió a un amigo a la corte, pintándole todo lo acaecido en el día de su entrada.*

Llegué, señor, y aquí empieza  
lo que aquí nunca se acaba:  
llegué, y al llegar aquí,  
¡oh, quién aquí no llegara!  
Llegué a ver, no ya en idea,  
la Ínsula Barataria,  
o fue un lunes por la noche,  
o un día por la mañana.  
Día de calidad,  
día de calamidad,  
día de ira, y de rabia,  
y también fue de miseria  
al servirme la vianda.  
Salieron a recibirme  
de la gente más hidalga,  
en mal concertadas tropas  
figuras extraordinarias:  
eran los dos comisarios  
dos extremos, dos fantasmas,  
uno es *títico*, otro obeso,  
aquel Quijote, este Panza.  
Con más de mil cortesías,  
gestos y medias palabras,  
me saludan, y es, sin duda,  
que conocieron mi rabia.  
Oh, quién pudiera pintarte  
la marcialidad, la gracia,  
y el maridaje que hacían  
las pelucas y polainas.  
Yo me imaginé en Madrid,  
y dije al mirar sus fachas:  
“Vísperas de San José,  
si las señas no me engañan”.  
Y al ver tantos Judas juntos,  
recelé alguna desgracia,  
temiendo ya me vendían  
al tiempo que me compraban.

“Vamos”, dijeron, “al coche”.  
Y esta es la primera palabra  
que parieron con acierto  
y hablaron con elegancia.  
Fui a tomarlo, y reparo  
que sin estribos me aguarda,  
que por que no los perdiera,  
quisieron no los hallara.  
En fin, ocuparle pude  
porque una mano me alargan,  
que esto de subir un hombre  
ni aún es posible en La Mancha.  
Para haber de dibujarle,  
pincel y colores faltan,  
con que, si pintarle quiero,  
me hallo con sola la tabla;  
pero, al fin, ello es preciso,  
y aunque la historia sea larga,  
yo me resuelvo a pintarlo,  
porque le hace mucha falta:  
la caja era transparente,  
por idea extraordinaria,  
con fueros de locutorio  
y privilegios de jaula;  
por tradiciones antiguas  
se sabe estuvo forrada,  
o en cordellate manchego  
o en terciopelo de Holanda.  
Pues aún en esta disputa  
son las opiniones varias:  
nadie lo ha visto, y el tiempo  
todo lo vino a hacer tablas.  
Esto es por dentro, y por fuera  
aún es cosa más extraña:  
vaya un poquito de juego,  
pero no entiendas que es chanza.  
En antejo de puño  
sirvió el vidrio edades largas,  
y aún creo que recortaron  
quando a el coche los trasladan.  
Las ruedas grandes son verdes,  
las chicas son encarnadas,  
la una vara es algo rucia,  
y la otra tira a parda.  
Y en fin, para no cansarse  
con pintura tan pesada  
solo el estar bien herrado

es lo que tiene de gracia.  
 Empezó a marchar la tropa  
 con una invención extraña,  
 pues quedaron los trompetas  
 conmigo a la retaguardia.  
 Iba el cochero a pescante,  
 y es un primor ver cuál manda  
 a dos mulas galiotas  
 un cómitre con abarcas.  
 “Ya hemos llegado”, dijeron,  
 y yo que a Belén juzgaba,  
 pues caras de nacimiento  
 he visto de mayor talla.  
 En fin, Sr., la tal villa  
 debe de ser subterránea,  
 y si yo consigo el verla,  
 doy palabra de pintarla.  
 Entre estas y otras llegamos  
 a la puerta de mi casa,  
 alhaja digna de un rey,  
 pues sobre negra es enana.  
 Al entrar, Dios nos asista,  
 discurrí que comulgaba,  
 pues se me vino a la boca  
 lo de mi pobre morada.  
 Por fin, y aún por fin, y muerto  
 en la zahúrda me zampan,  
 y acabado ya el entierro,  
 cada cual se fue a su casa.  
 Esta, señor, es mi historia,  
 y la más fiera desgracia  
 que probó en sus aventuras  
 don Quijote de la Mancha.

Esta *Relación que hizo un corregidor al recibimiento que le hizo la villa de Sisante en tierra de la Mancha, la que envió a un amigo a la corte, pintándole todo lo acaecido en el día de su entrada* no es, eso salta a la vista, ninguna obra maestra de la poesía española del último Barroco español. Tiene todo el aspecto de ser más bien la obra de un poeta de tres al cuarto, aficionado a componer con algo de gracia versos de circunstancias, y que debía de estar imbuido de la lectura, y acaso también de la escucha, de romances nuevos de los que todavía andarían circulando por ahí.

El caso es que, pese a sus no muy altos vuelos poéticos, hay unas cuantas razones que justifican que rescatemos aquí esta *Relación*. Primera: que no

conocemos —al menos yo no he podido localizar— ninguna otra versión, ni manuscrita ni impresa.

Además, nuestro poema es un ejemplo interesante del modo en que evolucionó —e incluso del modo en que fue decayendo— el romancero nuevo, que había conocido días de gloria en los tiempos de Góngora, Lope o Quevedo. La información de encuentros desafortunados entre el personaje que pone la voz cantante y uno o algunos sujetos antagonistas —sobre todo mujeres viejas y prostitutas, y también rufianes, pedantes, alcaldes necios, etc.—, pintados con tintes satíricos e hiperbólicos, fue argumento muy sostenido desde el arranque del género. Nuestra *Relación* tiene el mérito de someterse a ese patrón del encuentro traumático —aquí, el del nuevo corregidor con sus nuevos administrados— reciclando todo el arsenal consuetudinario de exageraciones y diatribas, pero insertándolo en unas coordenadas de tiempo y de espacio relativamente originales en el campo del romancero nuevo. Tanto como para que nos quede la duda de si podría haber algo de realidad histórica en ese presunto viaje al remoto pueblo de Sisante, en la provincia de Cuenca, y de si las quejas de la voz cantante podrían ser las de algún funcionario medio poeta que hubiese sido, efectivamente, destinado a aquel destartado lugar, y que hubiese querido informar de alguna de sus primeras y sombrías impresiones, puestas en verso, a algún amigo que habría tenido la suerte de permanecer en la corte.

¿Autobiografía ficticia y exagerada, como tantas otras? ¿O crónica en primera persona, con ramalazos hasta de etnografía, de alguien que tenía cuentas reales que arreglar con los pueblerinos de una aldea conquense en la que hubiese preferido nunca pisar? El solo hecho de que debamos quedarnos con la duda resulta insólito, porque lo normal era que en todas aquellas supuestas crónicas no hubiese más que tópica y evidente invención.

Pero nuestra *Relación*, ya sea eco reflejo distorsionado de una experiencia autobiográfica real o ya sea reciclaje de un tópico literario muy consabido, bebe además de otros géneros. Se trata de un ejemplo muy interesante, sin ir más lejos, del género de la relación o carta, en verso o en prosa, en que alguien relata las impresiones que le ha producido determinado lugar a uno o a varios amigos que se hallan en la distancia.

Lo más desusado es que nuestra *Relación* nos da información acerca de un pueblo que alguien dirige a un corresponsal que se encuentra en la corte, cuando el patrón más común era el inverso: por lo general, el informador era un pueblerino que escribía, o que describía oralmente a su regreso, lo suntuoso que era la ciudad a los vecinos de su lugar. Algo hay, pues, en este poema que opta por cantar las miserias del pueblo en vez de los fastos de la urbe, de inversión del lugar común, o de poética del *mundo al revés*.

En cualquier caso, estamos ante una convención literaria que venía de muy atrás, y que aún había de llegar muy lejos:

Los brotes de todo este árbol de relatos podrían llenar una gruesa enciclopedia, por lo que me limitaré a destacar aquí sus concomitancias con la composición renacentista de Rodrigo de Reinosa que llevaba el título de *Bien te estás acá. Comienzan otras coplas pastoriles de cómo un pastor fue a la corte e de cómo otro su compañero le mandava si iría también o no<sup>2</sup>; o con la letrilla burlesca de Quevedo que comenzaba «Después que me vi en Madrid, / yo os diré lo que vi...»;*

o con el *Coloquio entre la vieja y Periquillo sobre una procesión celebrada en Lima*, de Juan del Valle y Caviedes; o con los versos de la *Carta que escribe un forastero patán, a un amigo de su lugar, sobre el sistema presente de la Corte, en este año de 1759*, que se conserva en el Manuscrito 10.893 de la Biblioteca Nacional de España; o con el poema *Carta de Perico Antón, natural de Becerril, escrita a su amigo Gil... de Collado Mediano, el que habiéndose hallado en El Escorial el día 19 de septiembre de 1771, tubo noticia del parto de la Princesa Nuestra Señora, vio las luminarias y todo el alborozo de la Corte y pasando de loco a poeta o al contrario, la escribió...*, que está en el manuscrito 10.906 de la misma Biblioteca Nacional de España; o con la trama general del *Fausto, impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta Ópera* (1866), que es la obra maestra del argentino Estanislao del Campo, y una de las piezas clave de toda la literatura argentina.<sup>3</sup>

Otra señal de que estamos ante un poema que se recrea en el reciclaje de tópicos muy manidos es el presunto y convencional antisemitismo —cuando sugiere que los dos personajes que hicieron la recepción en Sisante tenían rasgos judíos— que se trasluce en estos versos:

“Ya hemos llegado”, dijeron,  
y yo que a Belén juzgaba,  
pues caras de nacimiento  
he visto de mayor talla.

Es posible que el chiste antisemita se encuentre también codificado en los versos que enseguida vamos a conocer, y que podrían evocar las exageradas “fachas” de los judíos cuyas efigies —expuestas en iglesias, pintadas en la calle, teatralizadas rudimentariamente— era tradición vejar e injuriar en los días de Cuaresma y Semana Santa. Hay alusión, más explícita, a la costumbre de las quemas públicas de muñecos o mamarrachos a los que se ponía el

<sup>2</sup> Véase Rodrigo de Reinosa, *Obra conocida*, ed. Laura Puerto Moro, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2010, núm. VI, pp. 166-167.

<sup>3</sup> Véase José Manuel Pedrosa, “Las coplas de los ciegos, o la danza general de la miseria”, en Agustín Clemente Pliego y José Manuel Pedrosa, eds., *Literatura de cordel y cultura popular: alegorías de la miseria y de la risa entre los siglos XIX y XX*, *Boletín de Literatura Oral, Anejo 1* (2017), pp. 47-92, pp. 82-83.

nombre de Judas —un judío notorio, claro—. Las vejaciones de efigies supuestamente judíos y los escarnios al judío Judas eran rituales muy tradicionales en las fiestas de la Pascua y en sus aldeaños, en los meses de marzo y abril, es decir, en el mismo período en que se celebraban las fiestas de San José, cada 19 de marzo:

Yo me imaginé en Madrid,  
y dije al mirar sus fachas:  
“Vísperas de San José,  
si las señas no me engañan”.  
Y al ver tantos Judas juntos,  
recelé alguna desgracia,  
temiendo ya me vendían  
al tiempo que me compraban.

Pero es, sin duda, la parodia del *Quijote* cervantino, muy en concreto del episodio del capítulo II, 31 en que los duques reciben al hidalgo manchego y a su escudero Sancho en su palacio, el texto al que mira de frente y al que parodia de manera muy explícita toda nuestra *Relación*.

Recordemos:

Cuenta, pues, la historia que, antes que a la casa de placer o castillo llegasen, se adelantó el duque y dio orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a don Quijote; el cual como llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos o palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo a don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron:

—Vaya la vuestra grandeza a apear a mi señora la duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso, pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender o bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar a tan gran caballero tan inútil carga. En fin salió el duque a apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros a don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces:

—¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!

Y todos o los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante

verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparado al rucio, se cosió con la duquesa y se entró en el castillo [...]

Con estos razonamientos, gustosos a todos sino a don Quijote, llegaron a lo alto y entraron a don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer y de cómo habían de tratar a don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos greguescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra: figura, que a no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fue una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado) reventaran riendo.<sup>4</sup>

Cuán diferentes, los “dos lacayos o palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí”, y también las “dos hermosas doncellas [que] echaron sobre los hombros a don Quijote un gran mantón de finísima escarlata” en la obra maestra de Cervantes, de los dos impresentables mamarrachos que dieron la malvenida al corregidor recién llegado a Sisante:

Salieron a recibirme  
de la gente más hidalga,  
en mal concertadas tropas  
figuras extraordinarias:  
eran los dos comisarios  
dos extremos, dos fantasmas,  
uno es *títico*, otro obeso,  
aquel Quijote, este Panza.  
Con más de mil cortesías,  
gestos y medias palabras,  
me saludan, y es, sin duda,  
que conocieron mi rabia.  
Oh, quién pudiera pintarte  
la marcialidad, la gracia,  
y el maridaje que hacían  
las pelucas y polainas.

<sup>4</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1998, I, 31, p. 880.

Cuán distinto, también, el coche destartado en que fue paseado el nuevo corregidor de Sisante del lujoso y ducal palafrén que asoma en la novela cervantina. Y la “zahúrda”, con la puerta que “sobre negra es enana”, en que fue hospedado el corregidor llegado a la aldea conquense, de las salas ostentosas que recibieron a don Quijote y a Sancho. Tales oposiciones, obviamente intencionadas, sumadas a las alusiones explícitas “uno es *títico*, otro obeso, / aquel Quijote, este Panza” que claman en los versos de la *Relación*, no dejan margen para la duda: el romance dieciochesco es parodia indisimulada del episodio del recibimiento a don Quijote y a Sancho en el capítulo II, 31 de la obra maestra cervantina.

Sobre el *Quijote* en general y sobre los episodios ambientados en los dominios de los duques existe una bibliografía abrumadora, que no tendría sentido convocar aquí para probar lo que no pide más elementos de prueba<sup>5</sup>. La *Relación que hizo un corregidor al recibimiento que le hizo la villa de Sisante en tierra de La Mancha* no precisa más que de sí misma para poder ingresar, con todo el derecho, en la vastísima e irregular progenie de la literatura quijotesca.

La duda mayor en que nos deja la lectura de nuestra *Relación* es análoga a la duda en que suele dejar la lectura del *Quijote*: ¿hubo de verdad un corregidor que pasó por la descorazonadora experiencia de la recepción en el destartado pueblo de Sisante, y que tomó la pluma para dejar constancia, muy exagerada, de la experiencia? ¿Y hubo de verdad unos seres de carne y hueso y unas circunstancias reales e históricas que impulsaron a Cervantes a coger la pluma para trasladarnos, pasado todo por el tamiz de su idea de la literatura, su experiencia o su conocimiento de ellos?

<sup>5</sup> Creo, en todo caso, conveniente llamar la atención aquí sobre las inteligentes reflexiones acerca de la hospitalidad en tales episodios del *Quijote* que hacen Mercedes Blanco, “Fables de l’hospitalité dans le Quichotte”, en *Lectures du Quichotte*, ed. Jean-Pierre Sánchez, París, Éditions du Temps, 2001, pp. 179-213; y Pierre Darnis, «“He oído decir detrás de la cruz está el diablo”: más sobre embrujamientos aragoneses y la culpabilización de segundo nivel en la segunda parte de *don Quijote* (tramas del *Quijote* –VI–”, *Etiópicas*, 12 (2016), pp. 187-231. <URL: [http://www.uhu.es/revista.etiopicas/num/12/art\\_12\\_11.pdf](http://www.uhu.es/revista.etiopicas/num/12/art_12_11.pdf) [Consulta: 10/12/2017].

## APÉNDICE

Transcripción literal de la *Relación*, con la única normalización, conforme a la norma académica actual, de la acentuación y la puntuación.

*Relación que hizo un correxidor al recibimiento que le hizo la villa de Sisante en tierra de la Mancha, la que embió a un amigo a la corte, pintándole todo lo acaecido en el día de su entrada.*

Llegué, señor, y aquí empieza  
 lo que aquí nunca se acaba:  
 llegué, y al llegar aquí,  
 ¡o, quién aquí no llegara!  
 Llegué a ver, no ya en ydea,  
 la Ynsula Barataria,  
 o fue un lunes por la noche,  
 o un día por la mañana.  
 Día de calidad,  
 día de calamidad,  
 día de ira, y de ravia,  
 y también fue de miseria  
 al servirme la vianda.  
 Salieron a reciuirme  
 de la gente más hidalga,  
 en mal concertadas tropas  
 figuras extraordinarias:  
 eran los dos comisarios  
 dos extremos, dos fantasmas,  
 uno es *títico*, otro obeso,  
 aquel Quijote, este Panza.  
 Con más de mil cortesías,  
 gestos y medias palabras,  
 me saludan, y es, sin duda,  
 que conocieron mi ravia.  
 O, quién pudiera pintarte  
 la marcialidad, la gracia,  
 y el maridage que hacían  
 las pelucas y polainas.  
 Yo me imaginé en Madrid,  
 y dije al mirar sus fachas:  
 “Vísperas de Sn Joseph,

si las señas no me engañan”.  
Y al ver tantos Judas juntos,  
recelé alguna desgracia,  
temiendo ya me vendían  
al tiempo que me compraban.  
“Bamos”, dijeron, “al coche”.  
Y esta es la primera palabra  
que parieron con acierto  
y hablaron con elegancia.  
Fui a tomarlo, y reparo  
que sin estribos me aguarda,  
que por que no los perdiera,  
quisieron no los hallara;  
En fin, ocuparle pude  
porque una mano me alargan,  
que esto de servir un hombre  
ni aún es posible en La Mancha.  
Para haver de dibujarle,  
pincel y colores faltan,  
con que, si pintarle quiero,  
me hallo con sola la tabla;  
pero, al fin, ello es preciso,  
y aunque la historia sea larga,  
yo me resuelbo a pintarlo,  
por que le hace mucha falta:  
la caja era transparente,  
por idea extraordinaria,  
con fueros de locutorio  
y privilegios de jaula;  
por tradiciones antiguas  
se sabe estuvo forrada,  
o en cordellate manchego  
o en terciopelo de Olanda.  
Pues aún en esta disputa  
son las opiniones barias:  
nadie lo ha visto, y el tiempo  
todo lo vino a hacer tablas.  
Esto es por dentro, y por fuera  
aún es cosa más extraña:  
baya un poquito de juego,  
pero no entiendas que es chanza.  
En Anteojo de Puño  
sirvió el vidrio edades largas,  
y aún creo que recortaron  
quando a el coche los trasladan.  
Las ruedas grandes son verdes,  
las chicas son encarnadas,

la una vara es algo rucia,  
y la otra tira a parda.  
Y en fin, para no cansarse  
con pintura tan pesada  
solo el estar vien herrado  
es lo que tiene de gracia.  
Empezó a marchar la tropa  
con una invención extraña,  
pues quedaron los trompetas  
con migo a la retaguardia.  
Yba el cochero a pescante,  
y es un primor ver quál manda  
a dos mulas galiotas  
un cómitre con abarcas.  
“Ya hemos llegado”, dijeron,  
y yo que a Velén juzgaba,  
pues caras de nacimiento  
he visto de mayor talla.  
En fin, Sr., la tal villa  
debe de ser subterránea,  
y si yo consigo el verla,  
doy palabra de pintarla.  
Entre estas y otras llegamos  
a la puerta de mi casa,  
alaja digna de un rey  
pues sobre negra, es enana.  
Al entrar, Dios nos asista,  
discurrí que comulgaba,  
pues se me vino a la boca  
lo de mi povre morada.  
Por fin, y aún por fin, y muerto  
en la zaurda me zampan,  
y acabado ya el entierro,  
cada qual se fue a su casa.  
Esta, señor, es mi historia,  
y la más fiera desgracia  
que probó en sus aventuras  
Dn Quijote de la Mancha.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Blanco, Mercedes, «Fables de l'hospitalité dans le Quichotte», *Lectures du Quichotte*, ed. Jean-Pierre Sánchez, París, Éditions du Temps, 2001, pp. 179-213.
- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1998.
- Darnis, Pierre, «“He oído decir detrás de la cruz está el diablo”: más sobre embrujamientos aragoneses y la culpabilización de segundo nivel en la segunda parte de *don Quijote* (tramas del *Quijote* –VI–)», *Etiópicas*, 12 (2016), pp. 187-231. <URL: [http://www.uhu.es/revista.etiopicas/num/12/art\\_12\\_11.pdf](http://www.uhu.es/revista.etiopicas/num/12/art_12_11.pdf) [Consulta: 10/12/2017].
- Pedrosa, José Manuel, «Las coplas de los ciegos, o la danza general de la miseria», en Agustín Clemente Pliego y José Manuel Pedrosa (eds.), *Literatura de cordel y cultura popular: alegorías de la miseria y de la risa entre los siglos XIX y XX*, *Boletín de Literatura Oral, Anejo 1* (2017), pp. 47-92.
- Reinosa, Rodrigo de, *Obra conocida*, ed. Laura Puerto Moro, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2010.